



Capítulo 175

Arqueóloga Teyra.

En su día fue mago de quinto nivel de la Torre Roja, pero tras quedar fascinado por un artefacto descubierto en la Colonia, pasó los siguientes veinte años explorando sin descanso los restos de épocas olvidadas, sin dejarse intimidar por el peligro.

Desde el principio, le pareció extraño que Carmaxes III lo hubiera convocado.

Aunque el apoyo de Carmaxes III le permitía permanecer en la Colonia y continuar con su investigación arqueológica, Teyra sabía la verdad.

Carmaxes III tenía poco interés genuino en la arqueología en sí.

Lo que realmente deseaba eran los subproductos que acompañaban a las antiguas reliquias descubiertas por Teyra.

Así pues.

«¿Existe realmente el Dios Sabio?».

La pregunta de Carmaxes III lo dejó aún más perplejo.

Una pregunta así, de la nada.

¿De repente se interesó por la arqueología?



Aun así, Teyra respondió con sinceridad.

«... Entonces, según lo que dices, ¿existe la posibilidad de que el Dios Sabio sea real?».

«Más que decir que existe la posibilidad, creo que sería más preciso afirmar que el Dios Sabio existe de verdad».

«¿Puedes asumir la responsabilidad de esas palabras?».

«Sí».

Incluso cuando se le presionó más, asintió con confianza, porque en realidad ya había visto al Dios Sabio antes.

Fue durante una de sus muchas exploraciones de los misterios antiguos.

Se había aventurado en la tierra de los hombres lagarto, arriesgándose a ser descubierto y asesinado, y allí lo había presenciado.

Visiblemente distinto. Inigualable en poder.

No es una fuerza divina prestada como la de los sacerdotes, sino la esencia misma del poder.

Reverencia, temor y euforia.



El fervor de los Hombres Lagarto que lo adoraban aún permanecía vivo en su mente.

Pero, ¿por qué Carmaxes III sentía tanta curiosidad por el Dios Sabio?

Consideró la posibilidad de que el rey simplemente hubiera oído rumores y hubiera desarrollado una curiosidad superficial.

Sin embargo...

«Esto es grave».

Su expresión era más solemne que nunca.

Como si estuviera contemplando un asunto que pudiera determinar el destino de la nación.

«... ¿Hay alguna forma de confirmar si alguien es el Dios Sabio?».

«¿Confirmar, dices?».

«Sí».

Una pregunta inesperada.

«Disculpe, ¿podría aclarar qué quiere decir exactamente?».



«Lo digo literalmente. ¿Hay alguna forma de verificar si alguien es el Dios Sabio?».

«Más que verificarlo, los Dioses Sabios se distinguen visualmente de los humanos comunes. En otras palabras, se pueden identificar con solo mirarlos».

«¿Es así?»

El rostro de Carmaxes III se torció ligeramente.

Tras un breve momento de reflexión, volvió a hablar con cautela.

«... Entonces, ¿y si el Dios Sabio se disfrazara de humano? ¿Sería eso posible?».

Si solo estás preguntando sobre la posibilidad, no diría que es imposible.

«Entonces, ¿hay alguna forma de descubrir ese disfraz? Preferiblemente, sin que el objetivo se dé cuenta de que lo están poniendo a prueba».

A medida que continuaban las preguntas, Teyra comenzó a intuir por qué Carmaxes III le preguntaba por el Dios Sabio.

«¿Ha aparecido alguien sospechoso de ser un Dios Sabio?».

Una breve especulación.

Pero debido a la falta de información, no se detuvo en ello y simplemente asintió con la cabeza.



«Nunca lo he intentado, pero en conclusión, sí, hay una manera».

«¿De verdad?».

«Sí».

Teyra recordó un objeto que había obtenido recientemente en unas ruinas antiguas olvidadas.

«Entonces, cuando llegue el momento, te llamaré. No tardaré mucho, esta persona vendrá pronto a la colonia».

«Entendido».

Reprimiendo su curiosidad, Teyra respondió y se despidió.

A solas, Carmaxes III murmuró para sí mismo.

«... Si el marqués Palatio es realmente un dios...».

Sus ojos se oscurecieron con gravedad.

Al día siguiente.



Tras concluir todos sus asuntos en Lartania, Alon se reunió con Rine antes de partir.

«Ya te vas».

«Debería».

«Qué pena».

A diferencia de ayer, la incomodidad de su rostro había desaparecido. De hecho, parecía incluso más serena de lo habitual.

No, estaba tratando de parecer serena.

Ocultando sus verdaderas emociones tras una sutil sonrisa, haciendo un esfuerzo desesperado por no mostrar nada más.

Al observarla, Alon dudó por un momento.

Y entonces.

«...».

«¿Perdón?»

Habló con calma.

«El pasado no es más que el pasado».



La leve sonrisa en el rostro de Rine se desvaneció gradualmente.

A decir verdad, Alon había dudado si decirlo o no.

Porque hacerlo destrozaría la máscara que llevaba puesta, obligándola a enfrentarse a una parte de su pasado que deseaba mantener enterrada.

Sin embargo, a pesar de eso...

«Si esto puede hacer que Rine se sienta un poco más tranquila, entonces vale la pena».

Ese pensamiento prevaleció.

Por supuesto, él no conocía los detalles.

Lo que ella había pasado exactamente.

Por qué temía revelar su pasado.

Pero él tenía dos conjeturas plausibles.

Una: su pasado probablemente incluía un incidente relacionado con los planes de un apóstol, que le había dejado un profundo trauma.

Cuando se reveló la verdad, Rine temió que Alon y los demás la vieran de otra manera.



Alon tampoco quería obligarla a exponer las heridas que ella intentaba desesperadamente ocultar.

Sin embargo, las heridas que permanecen ocultas nunca tienen la oportunidad de sanar.

Por eso, después de pensarlo mucho, decidió hablar.

«—»

Justo cuando estaba a punto de continuar, Alon se tragó lentamente el resto de sus palabras.

En su lugar...

Toc, toc...

Le dio una palmadita en el hombro.

Aunque fuera por preocupación por Rine, hablar sin comprender del todo lo que había pasado podría ser un insulto a sus dificultades.

Y no había necesidad de decir nada más.

A diferencia de Seolrang, Rine entendería el significado detrás de su gesto.

«Me voy».



Después de darle un par de palmaditas más en el hombro, Alon se dio la vuelta para marcharse.

«... Gracias, padrino».

Al oír su voz, su pesado corazón se sintió un poco más ligero.

Porque una sonrisa había aparecido en los labios de Rine.

No era la sonrisa artificial que había estado forzando, sino una sonrisa tenue y natural.

Al ver eso, Alon pensó que tal vez era la primera vez que veía la verdadera expresión de Rine.

«Sí».

Respondió en voz baja y se alejó.

Él no se dio cuenta, pero una pequeña sonrisa también se había dibujado en sus propios labios.

Un pequeño cañón en las afueras del norte de Lartania.

Un lugar desolado, donde solo habitan unos pocos monstruos dispersos.



¡Pum!

De repente, una mano brotó del suelo.

Un brazo pálido y azulado, como si perteneciera a un cadáver enterrado hacía mucho tiempo.

Crack, crack...

El sonido de los huesos encajando en su sitio resonó mientras el color volvía gradualmente a la carne.

Entonces, con un fuerte crujido, el montículo de tierra se desmoronó y de su interior emergió una mujer desnuda.

«Ja...».

Tras soltar un suspiro silencioso, la figura se reveló: era Emil, el apóstol de la codicia.

Sacudiéndose el polvo que se le había pegado al cuerpo con aire de irritación, se puso de pie.

El tono azulado de su piel cadavérica brillaba bajo la pálida luz de la luna.

Pero pronto, con una serie de crujidos, todo su cuerpo comenzó a reconstruirse.



En poco tiempo, su carne recuperó un tono saludable, volviendo a parecer completamente humana.

Inspeccionando su cuerpo restaurado como si lo estuviera evaluando, sonrió y murmuró entre dientes.

«Oh, he muerto~».

Su tono era algo arrepentido.

Sin embargo, para alguien que acababa de hablar de su propia muerte, su reacción era demasiado despreocupada.

Pero, de nuevo, para ella la muerte no era algo que temer.

A diferencia de otros apóstoles, los recuerdos que le había concedido la codicia le permitieron desafiar a la muerte en varias ocasiones y regresar.

«¿Marqués Palatio, verdad?».

Ahora completamente recuperada, la Apóstol de la Codicia recordó al hombre que la había «asesinado».

Un mago, no, un Verdadero Mago, que había esgrimido la magia con una expresión totalmente impasible.

«Por mucho que lo piense, es extraño. Según toda lógica, debería ser incompleto, incapaz de utilizar fórmulas mágicas adecuadas, así que ¿por qué su magia es tan poderosa?..... Y más aún, ¿por qué su maná contiene energía divina?».



La expresión de Emil se torció ligeramente mientras pensaba.

En realidad, ella tenía el poder de escapar de la prisión que Alon había creado para ella.

El «Tomo de Madera Podrida» que empuñaba contenía una enorme reserva de maná, suficiente para facilitar una fuga.

Pero debido a la energía divina imbuida en la magia de Alon, no pudo acceder correctamente al maná almacenado en el tomo.

«Su recipiente era un poco más fuerte de lo que esperaba, pero... sospechaba que había algo más en él. Al conocerlo en persona, resultó ser aún más inusual de lo que imaginaba».

Admitió para sí misma que había subestimado al marqués Palatio.

«Quizá debería haberlo doblegado antes de ejecutar mi plan».

La razón por la que se había acercado a él de forma tan descuidada era porque pretendía utilizarlo para despertar a Rine como recipiente.

Todo apuntaba a ello.

El marqués Palatio era de vital importancia para la nave.

En ese momento, ella lo había considerado demasiado valioso como para matarlo.



«Bueno, lo hecho, hecho está. Primero tengo que recuperarme».

Emil miró sus manos temblorosas.

Por supuesto, ella no era capaz de resucitar infinitamente, y eso conllevaba riesgos importantes.

Por un lado, sus habilidades disminuían considerablemente tras resucitar.

Esto se debía a que su resurrección funcionaba a través de la «transferencia corporal» en lugar de una verdadera restauración.

En lugar de revivir en el mismo cuerpo, su alma se desprendía y habitaba en un recipiente preparado previamente.

En otras palabras, por mucho esfuerzo que hiciera, en el momento en que moría, perdía todo lo que estaba ligado a sus capacidades físicas, aunque sus conocimientos permanecían intactos.

Era como reiniciar un juego en el nivel uno, pero conservando las características especiales.

Aun así, como conservaba su experiencia, pudo recuperar rápidamente su antigua fuerza.

«Bueno, siempre puedo volver a prepararme. Menos mal que aún no he gastado mis «materiales»».



Emil comenzó a reestructurar su plan en su mente.

Esta vez, no subestimaría al marqués Palatio.

Y se aseguraría de que Rine despertara por completo como recipiente.

Después de ajustar su plan en consecuencia...

«Esta vez, iré despacio y con cuidado».

Sonriendo para sí misma, se adentró en el oscuro bosque.

iPum!

«¿Ah?»

—No podía avanzar.

«Hola».

Bajo la luna azul, unos ojos tan claros como un lago prístino brillaban.

Detrás de ella, una espada se había clavado con suavidad, pero con precisión, en su espalda.